



Consejo Latinoamericano de Iglesias
www.claiweb.org

Curso de Ecumenismo

**XV. MULTIRELIGIOSIDAD
Y EL FUTURO DEL ECUMENISMO**

GOTTFRIED BRAKEMEIER

CURSO DE ECUMENISMO



Preservando la Unidad del Espíritu en el Vínculo de la Paz

XV. MULTIRELIGIOSIDAD Y EL FUTURO DEL ECUMENISMO

1. La sociedad del siglo XXI será multicultural. En esto se reflejan los efectos de la globalización que dio la oportunidad a un intercambio cultural sin precedentes, que mezcla a los pueblos y acerca a las religiones. Ya no es posible aislarse en un mundo estrecho. Los modernos medios de transporte y de comunicación eliminaron las fronteras de espacio y de tiempo y no solo posibilitan sino también fuerzan el encuentro con el otro. Se puede deplorar la globalización o saludarla como nueva conquista. Es cierto que el proceso es irreversible. En consecuencia, la fe cristiana debe ajustarse a un mundo crecientemente plural que le niega monopolios tradicionales. Lo mismo vale para las otras religiones. Multiculturalidad significa la coexistencia de distintas culturas en el mismo ambiente, lado a lado, en inmediata comparación. Chocan, en proporción antes inédita, los estilos de vida, los credos religiosos, las ideologías, los intereses, los derechos, las expectativas. En esas condiciones, la sostenibilidad social depende del arte de convivir con las diferencias. He aquí el crucial desafío de la multiculturalidad: ¿Serán inevitables las “guerras santas”, las pequeñas y las grandes, en la búsqueda del exterminio del otro con la intención de suprimir la disidencia? ¿O será necesario conformarse con el “todo vale” de una sociedad caótica, desorientada? Debe haber una tercera vía.

2. Ante un cuadro tal, el primero imperativo a atender es el aprendizaje del realismo. Es importante sepultar los sueños imperialistas, es decir el deseo a veces clandestino de “mordisquear” al otro participante y convertirlo al propio credo. También en el futuro, el cristianismo ostentará una faz multid denominacional; esto significa el certificado de defunción para cualquier ecumenismo conversionista, proselitista, reconquistador. Recuerda, el propósito original del ecumenismo jamás quería fundir; quería, eso sí, unir. Conviene no

confundir esto con aquello. Además, el realismo implica que la confesión de ninguna institución eclesial, por si sola, es capaz de representar a la ecumene en la integridad. La catolicidad de la Iglesia excede a las concretizaciones particulares. Las Iglesias poseen, cada cual, sus dones y sus defectos; también ellas, no dejan de ser pecadoras. El progreso del ecumenismo tiene por premisa la disposición a la autocrítica, a la confesión de los pecados. Se debe desistir de identificar las insuficiencias solamente en los demás. Vale también en este caso recordar la palabra de Jesús, alertando sobre la necesidad de fijarse en el tronco en el propio ojo antes de mirar la astilla en el ojo del hermano (Mt 7.3). El buen ecumenismo no se compara a una competencia olímpica en disputa por la medalla de oro, sino a un curso de capacitación en la comunión de los santos. Esa comunión no es ninguna “ficción científica”; ella es una posibilidad real, al pleno alcance “en Cristo”.

3. La convivencia plural en la Iglesia y en la sociedad se vuelve ilusoria sin un mínimo de tolerancia. Es este otro término clave más del ecumenismo. Significa originalmente la concesión de espacio y protección para las minorías, incluyendo el reconocimiento de su legitimidad, aunque en carácter excepcional. “Tolerar” es sinónimo de “soportar” (cf. Col 3.13). Describe, en sentido amplio, el respeto debido a la alteridad social, cultural y étnica de personas y grupos. Y, en efecto, la “intolerancia” imposibilita la sociedad plural; tiene naturaleza autoritaria, violenta. En sus formas extremas termina en terrorismo, dispuesto aún hasta el suicidio vengativo; en consecuencia recibió el estigma negativo. El Estado moderno es tolerante. Garantiza el libre ejercicio de la religión, atendiendo así a uno de los derechos humanos fundamentales. Tampoco el ecumenismo puede dejar de lado esa categoría. Se opone a los “fundamentalismos” de todos los tipos que ejercen tiranía y amenazan la paz. La tolerancia está vinculada al reconocimiento de la libertad de conciencia, una afirmación evangélica básica. Jesucristo no nivela a sus seguidores; les confiere el derecho a la diferencia. Algo análogo vale para la humanidad en su totalidad; la variedad es el signo de la creación. Por tanto, debe haber tolerancia recíproca, expresándose en una “simbiosis” constructiva. Ella será dinámica, mutuamente desafiante y, por eso mismo, fecunda.

4. La tolerancia se distingue de la permisividad. Ella tiene límites. La Iglesia de Cristo no puede “soportar” la suspensión del primer mandamiento, el atentado a la propia libertad o a la dignidad humana, ni puede conformarse con el crimen, con el pecado. La comunión humana, cualquiera que sea, debe trazar líneas divisorias entre lo permitido y lo prohibido. La tolerancia debe tener

diferenciado su espacio, claramente marcado para no redundar en la anarquía. El pluralismo que desiste de imponer reglas normativas universales puede parecer tentador: se ofrece como una propuesta más “humilde”, no autoritaria, defensora de la libertad de opinión; pero conduce a un callejón sin salida. Toda comunión humana necesita de reglas de juego, cuya infracción será plausible de penalización. El respeto delante de otras personas no implica, en absoluto, la obligación de aprobar sus credos. Existen deidades terriblemente “inhumanas”, dioses opresores, cultos satánicos; no hay como conferirles el atestado de la legitimidad. Además, las personas buscan certezas; no logran vivir con la duda permanente. Por más paradójico que parezca: el relativismo acaba generando nuevos fundamentalismos; arroja a las personas en los brazos de los dictadores. Por lo tanto, ni este ni aquel promete éxito en la construcción de una sociedad sostenible.

5. Siendo así, el ecumenismo cristiano adquiere una función paradigmática. Al buscar conjugar la variedad y la unidad se vuelve ejemplo de lo que debe ocurrir también en la esfera política y social. El ecumenismo permite la identidad propia, pero descarta el individualismo y el corporativismo. Exige tolerancia, pero no ilimitada. Como hemos visto anteriormente, no pretende eliminar la variedad sino compatibilizarla y capacitarla para la convivencia. Se trata de un ambicioso proyecto y, todavía, de alta urgencia en una sociedad plural que, sin consensos básicos, no logrará sobrevivir. Es importante, pues, subrayar que el ecumenismo eclesiástico tenga su réplica secular. Se establece como imperativo a todo ser humano y al conjunto de los pueblos. Así como la comunión no permite estar restringida a la comunidad cristiana, tampoco al ecumenismo. Está comisionado a propugnar la causa de la paz social, muy de acuerdo con los objetivos del “cristianismo práctico”.

6. Ello no significa abdicar del significado teológico del término. Ha de reafirmarse que “ecumenismo” está al servicio de la causa de Dios (!) en el mundo. En su dimensión secular, el esfuerzo “ecuménico” también cumple propósitos divinos: quiere la paz de la sociedad (cf. Jer 29.7; Lc 19.42; etc.), la liberación del mal (Mt 6. 13). No hay como separar la paz entre los/las cristianos/as de la paz en la sociedad. Mientras la violencia reine en las calles de las ciudades, tampoco la comunidad cristiana podrá vivir tranquilamente. En suma, constatamos que para el ecumenismo, la perspectiva del reino de Dios permanece constitutiva. “La ecumene es de Dios y todo lo que en ella se contiene” (Sal 24.1). Aún así o justamente por ello, ella abarca la esfera política, haciendo que el “ecumenismo” sobrepase la tradicional búsqueda de la unidad

de los cristianos. Penetra en otros espacios. El “ecumenismo” es una propuesta a ser traducida a otras esferas en el afán de viabilizar una sociedad plural.

7. En todo esto, el esfuerzo por la unidad de la Iglesia permanece absolutamente prioritario. No hay necesidad de repetir lo que fue dicho anteriormente. La fragmentación del cuerpo de Cristo desacredita el evangelio y corroe la credibilidad de quien lo anuncia. La Iglesia cristiana debe al mundo la demostración de la posibilidad de la unidad en la pluralidad, conforme ella lo predica y es llamada a vivir. Si queremos la unidad de la humanidad, debemos empezar por arreglar nuestra propia casa. Sin la demostración de la unidad que tenemos en Cristo, será debilitado el esfuerzo por convencer al mundo de la verdad evangélica. Por lo que todo indica, la presencia y la influencia cristiana están disminuyendo globalmente. Las religiones no cristianas, así como el secularismo, desarrollan una sorprendente pujanza y agresividad. En diversos continentes, los cristianos y las cristianas vuelven a sufrir persecuciones. La cristiandad está en camino de una nueva “diáspora”, es decir, “dispersión”. Es importante redescubrir la solidaridad de las Iglesias en un mundo progresivamente hostil al mensaje del evangelio o indiferente ante el mismo. También bajo esta óptica, el partidismo cristiano, que causa o enlucen divisiones, aparece como una imperdonable estupidez. En la raíz del movimiento ecuménico moderno está la preocupación por las misiones; esa misma preocupación debería reactivar el ecumenismo hoy.

8. Es cierto que, para lograr la adhesión al proyecto ecuménico, se hace necesario superar temores y clarificar los objetivos. Como hemos visto anteriormente, la meta se resume en el término “comunión”. El ecumenismo quiere restablecer los lazos familiares, reconstituir a la familia cristiana y, por extensión, a la familia global. Quiere revitalizar a la “comunidad”. Es bueno deletrear una vez más lo que esto significa. Por tanto, es fundamental percibir lo que podríamos llamar la doble naturaleza de la comunión humana. Por un lado, ella es como una fatalidad. No optamos por nuestra familia ni por el ambiente social en el que vivimos. La comunión humana es un hecho, una realidad, un hecho que no se puede negar. Nadie puede desembarcarse de la nave espacial que es el planeta Tierra, tampoco del pueblo del cual es miembro. Como regla, tampoco escogemos la familia religiosa a la cual pertenecemos. Y, sin embargo, lo que hemos recibido debe ser administrado, moldeado, vivido. El ecumenismo es el intento de dirigir y plasmar la comunión que hemos recibido “en Jesucristo”, mediante el bautismo en el nombre del trino Dios, mediante el Dios creador. Si somos familia de Dios (Ef 2.19), vivamos como tal, dando espacio y

función a cada uno de sus miembros. No necesitamos recordar especialmente que esto significa respeto a la diferencia y a las identidades individuales. De cualquier manera, el ecumenismo quiere reconstituir la “familia de las Iglesias cristianas” y así contribuir a la cura de este mundo y el bienestar de sus habitantes.

9. En ese mismo contexto, conviene recordar que el ecumenismo se inspira en dos vertientes. Una es el origen común. Es la mirada retrospectiva. Busca recuperar la unidad en Jesucristo, revertir divisiones, superar barreras construidas en el pasado. Necesita, por ello, del diálogo doctrinal y del estudio de la historia del dogma para examinar si los anatemas recíprocos aún hoy tendrán que ser mantenidos. La otra vertiente es la vocación común. Las Iglesias recibieron la tarea de ser testigos del evangelio (Hch 1.8), de servir a la criatura carente, de preparar la venida del reino. Deben conjugar, pues, sus esfuerzos, sirviendo cada cual con el talento que recibió. También las instituciones eclesiásticas, no solo sus miembros, están comprometidos a colocar sus dones al servicio de la causa de Dios en este mundo, tratando de complementarse mutuamente. Quizás el modelo más prometedor de unidad visible y de comunión eclesial sea aquel que ensaya formas concretas de cooperación en el anuncio del evangelio, en la celebración de la liturgia y en el ejercicio de la diaconía.

10. La misión común, en la cual está involucrada la familia cristiana, merece un especial realce. Hay una deuda ecuménica por saldar. El pueblo cristiano es deudor de “judíos y griegos”, de todas las naciones, y lo es en forma colectiva. El mundo no cristiano, así como la sociedad secular, ya no distingue a las denominaciones. Ven solamente a “cristianos” y “cristianas”, contabilizando sus fallas y sus virtudes en el mismo registro. Algo semejante vale para la evangelización que, en verdad, no admite atributos denominacionales. La Gran Comisión (Mt 28.18s) no distingue protestantes, católicos y pentecostales. La perspectiva es la del reino de Cristo, en el cual Dios quiere congregar a toda la creación. La preparación de ese reino, que es proclamado al mundo (cf. Is 40.3; Mc 1.3) y del la que la Iglesia de Jesucristo es el privilegiado instrumento, implica la “humanización”, es decir, el empeño por la convivencia social en justicia, paz y cuidado ambiental. Y, no obstante, el ecumenismo no se da por satisfecho con esto. Busca, en última instancia, la venida de los pueblos del Oriente y Occidente, del Norte y del Sur, para participar a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos (Mt 8.11). Entonces Dios será todo en todos (1 Co. 15.28). Esta es la dimensión escatológica que el ecumenismo jamás

deberá perder de vista y que le confiere un alcance transeclesiástico, cósmico. Resta caminar un buen tramo hasta llegar allá. Pero sin esperanza también el ecumenismo muere. Le cabe anticipar algo de esa promesa y así promover la salvación en medio de los clamores de guerra entre las naciones. Esa misión no permite desgastes innecesarios por rivalidades internas y peleas por primeros lugares.

11. En la persecución de esa meta, tampoco podrá alegarse como obstáculo la incompatibilidad de los criterios de unidad a los que ya aludimos. No se justifican anatemas o excomunión. ¿Cuánto consenso será necesario para poder reconocernos mutuamente como hermanos y hermanas en la fe y, por extensión, como Iglesia de Jesucristo? ¿Serán suficientes la confesión de la fe en los términos del Credo Apostólico, la oración conjunta del “Padre Nuestro”, las Sagradas Escrituras como testimonio del evangelio, el bautismo en el nombre del trino Dios? ¿Qué más será necesario para la salvación? También en lo que respecta a la unidad eclesial existe una exigencia mínima y otra máxima. Hay que tomar cuidado para no transformar esta última en el modelo para la primera. Sería descaracterizar el concepto de la “comunión”. En vista de eso, no hay nada que, a priori, desaconseje pasos más valientes hacia el reconocimiento mutuo. ¿Por qué sigue interdicta oficialmente, en muchas Iglesias, la hospitalidad eucarística? La pluriformidad de la Iglesia de los orígenes permite, la variedad eclesiológica, mientras que esté centrada en el fundamento común que es Jesucristo (1 Co. 3.11). Varían también los estilos en la vivencia de la piedad, específicamente en la experiencia del Espíritu Santo. Bajo ese aspecto, pues, el ecumenismo no solo lucha por la unidad; lucha también por el derecho a la legítima pluralidad, frente a lo que las Iglesias, muchas veces, se muestran intransigentes. Debemos reiterar que la unidad tiene cierta pluralidad por premisa, debiendo haber acuerdo en cuanto al irradiar de la “legitimidad”, en ese caso.

12. La magnitud del proyecto ecuménico puede asustar, acarreado el peligro de la resignación. Mientras falta una “utopía” ecuménica, es importante invertir en las posibilidades de cooperación existentes. Aunque las Iglesias demuestren dificultades con la apertura ecuménica, es posible hacer muchas cosas en conjunto. Por ello es importante enfatizar la necesidad de la estrategia de los pequeños pasos. Son esos, y no los saltos gigantescos, los que llevan lejos. Esto significa, en términos concretos, “hacer lo que promueve la comunión”. La oración, la lectura bíblica, la reflexión, el compromiso en obras sociales, todo esto en conjunto (!), fructificará y creará una conciencia ecuménica. Tampoco podrá faltar la discusión acerca de los asuntos polémicos. La buena comunión debe saber discutir las divergencias y convivir también con las tensiones y las

diferencias, mientras haya un fundamento común. El ecumenismo significa exactamente eso, es decir, concientizar a las personas de los fundamentos de la comunión humana, catapultados por la obra del trino Dios, para construir sobre ellos una “comunidad” que sepa ser grata a Dios, que sea solícita en el cumplimiento de la voluntad divina y que tenga, exactamente así, la promesa de la bendición.

Diálogo con el grupo